

Ian McEwan

El placer del viajero



Esta novela transcurre en Venecia y las novelas situadas en esa ciudad, por alguna razón, tienden a ser siniestras, como si en ella hubiera algo que confundiera las expectativas de la decencia.

Colin y Mary, amantes desde hace varios años, de posición bastante acomodada, pasan sus vacaciones en esta ciudad anónima, haciendo el obligado turismo y sintiendo ese estado de disociación que a menudo se experimenta en las ciudades ajenas. Tras conocer a un misterioso italiano casado con una canadiense, se ven progresivamente envueltos en la relación con esta pareja. Los encuentros son agradables, casuales... pero hay en el aire algo amenazador, sofocante, inexplicable. Colin y Mary, súbitamente aislados y vulnerables, son arrastrados hacia algo desconocido, conducidos a acciones y sentimientos más allá de su control.

McEwan ha afilado su prosa, admirablemente lacónica, para narrar esta historia y, con la habilidad de un experto torturador, esparce ocasionales migajas de confort, cuando la tensión resulta intolerable, para hurtarlas de inmediato, en beneficio del horror.

A Penny Allen

cómo habitamos en dos mundos  
las hijas y las madres  
en el reino de los hijos

Adrienne Rich

Los viajes son una brutalidad. Le obligan a uno a confiar en extraños y a perder de vista toda la comodidad familiar de la casa y de los amigos. Se está en continuo desequilibrio. Nada le pertenece a uno salvo las cosas esenciales: el aire, el descanso, los sueños, el mar, el cielo, y todo tiende hacia lo eterno o a lo que imaginamos de la eternidad.

Cesare Pavese

## UNO

Cada tarde, cuando la ciudad empezaba a bullir más allá de los postigos verde oscuro de las ventanas de su hotel, Colin y Mary se despertaban por el rítmico golpeteo de herramientas contra las barcazas de hierro amarradas al pontón del café del hotel. Por la mañana, aquellos cascos picados de herrumbre, sin carga visible ni medios de propulsión, solían desaparecer; volvían hacia el final de la jornada, y las tripulaciones se afanaban inexplicablemente con mazos y cortafríos. Entonces, bajo el bochornoso calor de últimas horas de la tarde, era cuando los parroquianos empezaban a reunirse en el pontón para tomar un helado en las mesas de hojalata y sus voces también invadían las sombras de la habitación, con risas y discusiones que inundaban a oleadas los breves silencios entre cada golpe penetrante de martillos. Se despertaban a la vez, o eso les parecía, y seguían tumbados sin moverse en sus camas individuales. Por razones que ya no podían determinar con claridad, Colin y Mary no se hablaban. Dos moscas giraban perezosas en torno a la lámpara del techo; por el pasillo, una llave giró en una cerradura y unos pasos avanzaron y retrocedieron. Por fin, Colin se levantó, entornó los postigos y fue al baño a darse una ducha. Aún absorta en la secuela de sus sueños, Mary se dio la vuelta mientras Colin pasaba, y miró fijamente a la pared. En la habitación de al lado, el goteo continuo del agua producía un sonido apacible, y Mary cerró los ojos de nuevo.

Cada noche, en la hora que solían pasar en el balcón antes de salir a buscar un restaurante, escuchaban pacientemente los sueños del otro a cambio del placer de narrar los suyos con detalle. Tal como explicaba él, los sueños de Colin eran de los que alaban los psicoanalistas, de volar, de dientes que se le caían, de aparecer desnudo ante un desconocido sentado. Para Mary, el colchón duro, el calor des acostumbrado, la ciudad apenas explorada se unían para desatar en su reposo un torbellino de sueños virulentos y ruidosos que, según se quejaba ella, la aturdían durante las horas de vigilia; y las antiguas y bellas iglesias, los retablos, los puentes de piedra sobre los canales se sucedían tediosamente en su retina, como en una pantalla lejana. La mayoría de las veces soñaba con sus hijos: estaban en peligro y ella se encontraba incapacitada o demasiado aturdida para ayudarlos. Su propia infancia se confundía con la de ellos. Su hijo y su hija eran contemporáneos suyos, y la asustaban con sus preguntas insistentes. ¿Por qué te has marchado sin nosotros? ¿Cuándo vuelves?, ¿irás a recogernos al tren? No, no, trataba ella de explicarles, vosotros sois quienes debéis ir a buscarme a mí. Le contó a Colin un sueño en el que sus hijos se habían metido en la cama con ella, uno a cada lado, y se habían pasado la noche peleándose sobre su cuerpo dormido: «Sí, lo hice. No, no lo has hecho. Ya te lo dije. No me lo dijiste...»; hasta que se despertó agotada, con las manos fuertemente apretadas contra las orejas. O bien, refería ella, su exmarido la llevaba a un rincón y empezaba a explicarle con paciencia, tal como hizo una vez, como se manejaba su costosa máquina de fotografiar japonesa, examinándola a cada paso de sus complicados detalles. Al cabo de muchas horas Mary empezaba a suspirar y a gemir, suplicándole que lo dejara, pero nada podía interrumpir la implacable monotonía de la explicación.

La ventana del baño daba a un patio, que a esa hora también cobraba vida con los ruidos de las habitaciones

contiguas y de la cocina del hotel. En el momento en que Colin cerró el grifo, al otro lado del patio empezó un hombre a cantar bajo la ducha, como todas las tardes, el dúo de *La flauta mágica*. Con una voz que se oía por encima del estrépito torrencial del agua, del chapoteo y de las palmas sonoras contra el cuerpo bien enjabonado, aquel individuo cantaba con el total abandono de quien cree que nadie lo escucha, dando berridos, cambiando la voz en las notas altas, tarareando las palabras olvidadas, vociferando las partes orquestales. «*Mann und Weib, und Weib und Mann, Together make a godly span*<sup>[1]</sup>». Cuando se cerró la ducha, el canto se redujo a un silbido.

Colin se quedó frente al espejo, escuchando, y sin ninguna razón especial empezó a afeitarse por segunda vez en aquel día. Desde su llegada, habían establecido un ordenado ceremonial de reposo, precedido en una sola ocasión de relaciones sexuales, y ahora llegaba el intermedio ensimismado y sereno durante el cual se acicalaban cuidadosamente antes de dar un paseo por la ciudad a la hora de la cena. Se echaban por el cuerpo colonias y sales caras, libres de impuestos, elegían la ropa meticulosamente y sin consultarse, como si entre los miles de personas con quienes pronto se reunirían, alguien los esperase en alguna parte con profundo interés por su aspecto. Mientras Mary hacía yoga en el suelo del dormitorio, Colin solía liar un cigarrillo de marihuana que fumaban en el balcón y que intensificaba el momento delicioso en que salían del vestíbulo del hotel al aire suave de la noche.

Cuando estaban fuera iba una doncella, y no sólo por las mañanas, a hacer las camas y a cambiar las sábanas, si lo juzgaba necesario. No acostumbrados a la vida de hotel, se encontraban inhibidos ante esa intimidad con una extraña a la que rara vez veían. La doncella retiraba los pañuelos de papel usados, alineaba los zapatos dentro del armario en una fila ordenada, doblaba la ropa sucia en pulcro montón sobre una silla y colocaba las monedas sueltas en pe-

queñas pilas encima de la mesilla de noche. Pero pronto llegaron a depender de ella, volviéndose perezosos con sus pertenencias. Se hicieron incapaces de ocuparse el uno del otro y, con aquel calor, se sentían sin fuerzas para ahuecar las almohadas o para agacharse a recoger una toalla caída. Al mismo tiempo, toleraban menos el desorden. Un día volvieron a última hora de la mañana para encontrar la habitación tal como la habían dejado, sencillamente inhabitable, y no tuvieron más remedio que marcharse otra vez y esperar a que la arreglaran.

Las horas que precedían a la siesta también seguían una pauta bien definida, aunque eran menos previsibles. Era pleno verano y la ciudad rebosaba de visitantes. Colin y Mary salían cada mañana después de desayunar provistos de dinero, de mapas y de gafas de sol y se unían a la multitud que bullía sobre los puentes de los canales o pululaba por las calles estrechas. Obedientemente cumplían los muchos deberes turísticos que imponía la ciudad, visitando las iglesias principales y las de menos importancia, los museos y palacios, todos rebosantes de tesoros. En las calles de los comercios pasaban ratos delante de los escaparates, hablando de regalos que podrían comprar. Hasta el momento, aun no habían entrado en ninguna tienda. Pese a los mapas se perdían con frecuencia, y solían pasarse alrededor de una hora dando vueltas y regresando al punto de partida, mientras consultaban la posición del sol (una habilidad de Colin), para encontrarse cerca de una indicación familiar y por una dirección inesperada, y seguir perdidos. Cuando la marcha se hacía especialmente dura y el calor más opresivo que de costumbre, con ironía se recordaban el uno al otro que estaban «de vacaciones». Pasaban muchas horas buscando restaurantes «ideales» o encontrando de nuevo el camino del de dos días antes. A menudo los restaurantes ideales estaban llenos o, si ya pasaban de las nueve de la noche, a punto de cerrar; si se topaban con



uno que no lo estaba, a veces entraban a comer mucho antes de tener hambre.

Si hubieran estado solos, tal vez habrían explorado la ciudad, cada uno por su cuenta, siguiendo su capricho, sin depender de un destino fijo, y de esa manera habrían disfrutado sin hacer caso de si se perdían o no. Allí había muchas maravillas, sólo se necesitaba estar atento y esperar. Pero se conocían el uno al otro tanto como a sí mismos, y su intimidad, de manera muy semejante a un gran número de maletas, estaba sujeta a múltiples preocupaciones; juntos se movían con lentitud, torpemente, creándose penosos compromisos, entregándose a rebuscados cambios de humor, arreglando diferencias, salvando distancias. Individualmente no se irritaban con facilidad; pero una vez juntos lograban ofenderse de forma sorprendente e inaudita; entonces, el ofensor (eso había sucedido una o dos veces desde que llegaron) se enfadaba por las muestras de susceptibilidad empalagosa que el otro daba, y así continuaban explorando en silencio los pasajes sinuosos y las plazas súbitas, hasta que la ciudad empezaba a eclipsarse mientras ellos se reclinaban con más fuerza en su presencia mutua.

Terminados sus ejercicios de yoga, Mary se incorporó y, tras estudiar con cuidado su ropa interior, empezó a vestirse. A través de los postigos entreabiertos vio a Colin en el balcón. Todo vestido de blanco, estaba tumbado en la hamaca de plástico y aluminio, balanceando la mano cerca del suelo. Aspiró, echó la cabeza atrás, contuvo el aliento y lanzó humo entre los tiestos de geranios que cubrían el antepecho del balcón. Mary lo amaba, aunque no en aquel preciso momento. Se puso una blusa de seda y una falda blanca de algodón y, al sentarse en el borde de la cama para abrocharse las sandalias, cogió de la mesilla de noche una guía turística. Según las fotografías, en otras partes del país había praderas, montañas, playas desiertas, un camino

que serpenteaba por un bosque hasta llegar a un lago. Aquí, en su único mes libre del año, la obligación era ir a museos y restaurantes. Cuando oyó crujir la hamaca de Colin, se dirigió al tocador y empezó a cepillarse el pelo con pasadas cortas y vigorosas.

Colin le llevó el porro a la habitación y ella lo rechazó sin volverse, apresurándose a murmurar: «No, gracias». Colin se quedó detrás de ella, mirándola fijamente en el espejo, tratando de encontrar sus ojos. Pero ella se miraba a sí misma sin parpadear, y siguió cepillándose el pelo. Colin le pasó un dedo por el contorno del hombro. Mas pronto o más tarde, el silencio tendría que romperse. Se dio la vuelta para marcharse, pero cambió de opinión. Carraspeó y apoyó la mano con firmeza en el hombro de Mary. Fuera, se podía contemplar el comienzo del crepúsculo; dentro, hacía falta entablar negociaciones. Su indecisión se debía enteramente a la droga, y era de éstas que se muerden la cola, asegurándole que, si ahora se alejaba de ella, después de tocarla, se enfadaría; al menos, era de suponer... Pero por otro lado seguía cepillándose el pelo sin que ya fuese necesario, y parecía estar esperando a que se marchara..., ¿por que...?, ¿porque notaba que se quedaba a regañadientes y esto ya la irritaba...?, pero ¿es que él no quería quedarse? Con gesto torpe, recorrió con el dedo la espina dorsal de Mary, que ahora sostenía el mango del cepillo con una mano, dejando descansar las cerdas en la palma de la otra, y continuaba mirando fijamente al frente. Colin se inclinó hacia delante y la besó en la nuca y, como ella pareció ignorarlo, cruzó la habitación con un suspiro ruidoso y volvió al balcón.

Colin se acomodó en la hamaca. Sobre su cabeza, el cielo claro formaba una vasta cúpula; lo miró y volvió a suspirar, esta vez de contento. Los trabajadores de las barcas habían dejado las herramientas y ahora estaban de pie, en grupo, de cara al crepúsculo y fumando cigarrillos. En el portón del café del hotel, la clientela ya empezaba a tomar

aperitivos y las conversaciones en las mesas parecían discretas y formales. En los vasos campanilleaba el hielo, los tacones de los eficientes camareros resonaban mecánicamente sobre las tablas del pontón. Colin se levantó y se puso a observar a los transeúntes que pasaban por la calle: turistas, muchos de ellos de edad avanzada, caminaban por la acera con paso lento de reptil. De cuando en cuando, alguna pareja se detenía a mirar con aire de aprobación a los clientes que tomaban su bebida en el pontón contra el telón gigantesco del crepúsculo y de las aguas enrojecidas. Un caballero anciano colocó a su mujer en primer término y se arrodilló con muslos flacos y temblones para tomar una fotografía. Los bebedores de la mesa que estaba justo detrás de la mujer, alzaron los brazos con buen humor hacia la cámara. Pero el fotógrafo, empeñado en la espontaneidad, se enderezó y, con un gesto amplio de su mano libre, trató de conducirlos nuevamente al sendero de su existencia despreocupada. Sólo cuando los bebedores, todos jóvenes, perdieron interés, el anciano se llevó la cámara al rostro y volvió a flexionar las piernas inseguras. Pero su mujer se había desplazado ahora unos pasos hacia un lado y estaba distraída con algo que tenía en la mano. Daba la espalda a la cámara para hacer que los últimos rayos del sol entraran en su bolso. Su marido la llamó con voz seca y ella volvió diligente a su posición. El chasquido que dio el bolso al cerrarse reanimó a los jóvenes. Se colocaron bien en las sillas, alzaron otra vez los vasos y esbozaron sonrisas amplias e inocentes. Con un leve suspiro de irritación, el anciano se llevó a su mujer tirándola de la muñeca, mientras los jóvenes, que apenas repararon en su marcha, desviaban sus brindis y sonrisas hacia sí mismos.

Mary apareció en el balcón con una chaqueta de lana sobre los hombros. Nervioso, Colin paso por alto la situación creada entre ambos y enseguida empezó a contarle el pequeño drama que se había producido en la calle. Mientras lo escuchaba, Mary se quedó de pie frente al anteped-

cho del balcón, contemplando el crepúsculo. No desvió la mirada cuando Colin señaló la mesa de los jóvenes, pero asintió levemente con la cabeza. Colin se sentía incapaz de explicar el dudoso malentendido que, según su opinión, constituía el interés principal del episodio. En cambio, se oyó exagerar su leve patetismo convirtiéndolo en una escena cómica, tal vez con intención de despertar todo el interés de Mary. Describió al anciano caballero como «increíblemente viejo y endeble», mientras que su mujer estaba «asombrosamente chiflada» y los jóvenes de la mesa eran unos «brutos estúpidos», y le hizo proferir al marido un «increíble bramido de furia». En realidad, la palabra «increíble» le venía a la cabeza a cada paso, quizá por temor a que Mary no le creyese, o porque el mismo no se lo creía. Cuando acabó, Mary esbozó media sonrisa y lanzó un breve murmullo de duda.

Estaban a poca distancia el uno del otro y continuaron con la vista fija al frente, mirando las aguas en silencio. La iglesia grande que había al otro lado del ancho canal, y que tantas veces habían hablado de visitar, no era ahora más que un perfil y, más cerca, un hombre que estaba en una barca pequeña metió unos prismáticos en el estuche y se arrodilló para poner en marcha el motor fuera borda. Por encima de ellos, a su izquierda, el letrero del hotel, de neón verde, se encendió con un crujido brusco y agresivo que se redujo a un zumbido suave. Mary recordó a Colin que se estaba haciendo tarde y deberían marcharse enseguida, antes de que cerraran los restaurantes. Colin estuvo de acuerdo, pero ninguno se movió. Entonces Colin se sentó en una hamaca y, al poco, Mary hizo lo mismo. Hubo otro silencio corto y se cogieron de la mano. Se comunicaron con apretones suaves. Acercaron más las hamacas y musitaron disculpas. Colin acarició los pechos de Mary, ella se volvió y lo besó primero en los labios y luego, de forma tierna y maternal, en la nariz. Hablaron en susurros, se besaron, se le-

vantaron para abrazarse y volvieron a la habitación, donde se desnudaron en la penumbra.

Ya no sentían gran pasión. Encontraban el placer al cabo de una cordialidad pausada, de la familiaridad de sus hábitos y prácticas, del acoplamiento firme y preciso de sus miembros y de sus cuerpos, tan comfortable como un modelo vuelto a su matriz. Eran generosos y pausados, no necesitaban mucho y hacían muy poco ruido. Sus actos amorosos no tenían un comienzo y un final claramente definidos, y a menudo quedaban interrumpidos por el sueño. Si les hubieran dicho que se aburrían, lo habrían negado con indignación. Muchas veces comentaban que les resultaba difícil recordar que el otro era una persona aparte. Cuando se miraban, veían en un espejo velado. Cuando hablaban de sexualidad, cosa que hacían a veces, no se referían a sí mismos. Precisamente era esa confabulación lo que les volvía vulnerables y susceptibles el uno con el otro, y les dolía redescubrir que sus necesidades e intereses eran distintos. Llevaban sus peleas en silencio, y las reconciliaciones como aquélla constituían sus momentos de mayor intensidad, por los que se sentían profundamente agradecidos.

Durmieron un poco y luego se vistieron de prisa. Mientras Colin iba al cuarto de baño, Mary fue a esperar al balcón. Habían apagado el letrero del hotel. Abajo, la calle estaba desierta, y en el pontón dos camareros recogían las copas y vasos. Los pocos clientes que quedaban ya no bebían. Colin y Mary nunca habían salido tan tarde del hotel, y Mary atribuiría a ese hecho muchas de las cosas que ocurrieron después. Caminó con impaciencia por el balcón, aspirando el olor húmedo de los geranios. Ya no quedaban restaurantes abiertos, pero, si podían encontrarlo, al otro extremo de la ciudad había un bar que cerraba tarde y a cuya puerta se ponía a veces un hombre con un tenderete de salchichas. Cuando tenía trece años y aun era una colegiala concienzuda y puntillosa, llena de ideas para superarse a sí misma, había llevado un cuaderno en el que, cada

domingo por la noche, anotaba sus planes para la semana siguiente. Eran tareas modestas, realizables, y le gustaba ir descartándolas con una marca a medida que pasaban los días: practicar el violonchelo, ser más amable con su madre, ir andando al colegio para ahorrarse el billete del autobús. Ahora añoraba esa satisfacción, deseando que el tiempo y los acontecimientos estuvieran al menos parcialmente sometidos a su dominio. Pasaba como sonámbula de un momento a otro, y transcurrían meses enteros sin dejar recuerdo, sin la más leve huella de su voluntad consciente.

—¿Preparada? —exclamó Colin.

Mary entró en la habitación y cerró las contraventanas. Cogió la llave de la mesilla de noche, cerró la puerta y siguió a Colin por la escalera a oscuras.

## DOS

Por toda la ciudad, en las confluencias de las calles principales o en las esquinas de la plaza más bulliciosa, había quioscos o casetas pulcramente contruídos que durante el día estaban cubiertos de periódicos y de revistas en muchas lenguas, y con hileras de postales de vistas famosas, de animales, de niños y de mujeres que sonreían cuando seladeaba la tarjeta.

Dentro del quiosco se sentaba el vendedor, apenas visible tras la ventanilla diminuta y prácticamente a oscuras. Se podía comprar cigarrillos y no saber si quien los vendía era hombre o mujer. El cliente sólo veía una mano pálida, los ojos castaño oscuro típicos de los habitantes de la ciudad, y oía unas gracias pronunciadas en voz baja. Los quioscos eran el centro de las intrigas y chismorreos del barrio; allí se dejaban mensajes y paquetes. Pero a los turistas que preguntaban direcciones se les contestaba con un ademán receloso hacia el surtido de mapas, que fácilmente se pasaban por alto entre las filas de revistas sensacionalistas.

Se vendía una diversidad de mapas. Los menos importantes se editaban para hacer propaganda comercial y, aparte de señalar las atracciones turísticas más elementales, daban gran relieve a ciertas tiendas o restaurantes. Tales mapas sólo reproducían las calles principales. Otro mapa estaba confeccionado como un folleto mal impreso, y Colin y Mary habían descubierto que, si lo consultaban mientras iban caminando, resultaba fácil perderse al pasar la página. Pero había otro, de más precio y con autorización oficial,